



Comunicación y la Crítica de la Economía Política

Perspectivas teóricas y epistemológicas

César Bolaño (Org.), Armand Mattelart, Cesare Galvan, Gabriel
Kaplún, George Yúdice, José Marques de Melo, Maria Nélide
Gonzalez, Raul Fuentes Navarro,
Roberto Follari, Ruy Sardinha, Toby Miller, Valério Brittos



Quito - Ecuador
2012

Comunicación y la Crítica
de la Economía Política:
Perspectivas teóricas y epistemológicas

Primera Edición

© César Bolaño (Org.)
300 ejemplares - Marzo 2012

ISBN: 978-9978-55-087-8
Código de barras: 978-9978-55-087-8
Registro derecho autoral: 038231

Portada y Diagramación
Diego Acevedo

Impresión
Editorial "Quipus", CIESPAL
Quito-Ecuador

Los textos que se publican son de exclusiva responsabilidad de su autor.

Índice

Prefacio a la edición castellana Raúl Fuentes Navarro	7
Prefacio a la edición brasileña José Marques de Melo	13
Introducción	27
Conocimiento, memoria, tecnologías: avances y retrocesos Cesare Giuseppe Galvan	39
Por una arqueología de la Sociedad de la Información Armand Mattelart	59
Por una Comunicación Popular y Alternativa en el Contexto de la EPC Ruy Sardinha	83
La centralidad de la Economía Política de la Comunicación (EPC) en la construcción del campo académico de la Comunicación: una contribución crítica César Bolaño	109
Encuentros y desencuentros entre la Economía de la Información y de la Ciencia de la Información Maria Nélide Gonzalez	127

¿Democratización electrónica o neoautoritarismo pedagógico? 161
Gabriel Kaplún

El Copyright: instrumento de expropiación y resistencia
donde se encuentran la economía política
y los estudios culturales 185
Toby Miller y George Yúdice

Lo cultural en su lugar dentro de lo social 205
Roberto Follari

La Economía Política de la Comunicación en Brasil
en perspectiva histórica 223
Valério Cruz Brittos

Por una arqueología de la sociedad de la información⁴⁹

Armand Mattelart

En primer lugar, me gustaría permitirme escapar a la presión del presente y comenzar rememorando un momento clave del encaminamiento de las utopías sociales, basadas en el poder de los medios de producción y de transmisión de conocimiento, en crear un mundo más humano, más solidario. En segundo lugar, intentaré delinear en la génesis sociopolítica de las nociones entre sociedad *de la información* y sociedad *global de la información*. Nociones esas que a veces tendemos a oponer, con razón o no, a la noción de sociedad *de conocimiento* o de *saber*. Esta arqueología está asociada a la evolución de las doctrinas y prácticas de la construcción de las hegemonías. Finalmente, terminaré por identificar algunos focos de tensiones, alrededor de los cuales se afrontan proyectos que contrastan la construcción de un orden técnico-informacional en escala planetaria. En lo que concierne a este último punto, mi tarea se facilita, ya que, desde el inicio del nuevo milenio, diversos organismos internacionales, tales como la UNESCO, la Unión Internacional de

49 Este texto es una versión revisada y actualizada de la conferencia de apertura, *Sociedad de saber y control de la información y de la comunicación*, dada por Armand Mattelart durante el V ENLEPICC (Encuentro Latino de Economía Política de la Información, Comunicación y Cultura), en Salvador-Bahia, Brasil, de 9 a 11 de noviembre de 2005. Título original: *Pour une archeologie de la "société de l'information"* Traducción: Givaldo Santana.

Telecomunicaciones, la Organización Mundial del Comercio o la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual, lo han puesto en el orden del día, debatiendo y negociando sobre la arquitectura de las redes y los macro-usos de las tecnologías de la información y de la comunicación.

Una ciudad mundial: de la utopía a la tecno-utopía

La creencia utópica en una sociedad mundial construida gracias a la repartición de los conocimientos y al acceso universal al saber está presente desde los primeros pasos de la formalización científica de los conceptos de *documento* y *documentación*, o sea, mucho antes de que la noción cibernética de información fuera definida, coincidiendo, de hecho, con dos nacimientos: el de una asignatura científica o campo de estudios conocido actualmente como *sociedad de la información*, y la noción de *mundialización*.

Dos abogados pacifistas belgas, Henri de la Fontaine y Paul Otlet, fundaron en Bruselas, en 1895, el Instituto Internacional de Bibliografía. El proyecto de ellos consistía en elaborar un Libro Universal del Saber, o sea, una vasta enciclopedia de documentos que abarcara el universo y que sería la base de una *ciudad mundial*, capaz de garantizar la paz en el mundo. Según Otlet, la noción de *documento* no se limita a los textos, sino que abarca las imágenes y los propios objetos. Él elaboró la ficha que permite clasificarlo en los archivos de las bibliotecas.

En 1908, la palabra *red* aparece con ocasión de la Conferencia Internacional de Bibliografía y Documentación que se realizó en Bruselas, y donde se proclamó que los resultados de la cooperación universal deben ser puestos a la disposición de todos. Por ello la organización debe cubrir todos los países con una vasta red de servicios de documentación, establecidos en los grandes centros, por grupos autónomos (asociaciones o administraciones institucionales oficiales o privados) que deberán adherirse a un plan de conjunto y realizarlo según métodos unificados. Otlet definió el libro como un *libro-máquina*, o sea, un instrumento de abstracción, una fuerza

intelectual, *acumulador de energía*, intensificador de la potencia del ser humano, comparado a la imagen del vapor, de la electricidad y del polvo.

En su libro testamento, Otlet⁵⁰ anticipó la noción de red de las redes. Él imaginaba la arquitectura de la *red universal de información y de documentación* como una red capaz de conectar los centros de productores, distribuidores y usuarios de cualquier especialidad y de cualquier lugar. Para él, la tele-consulta a esa gran biblioteca o gran libro universal se lo haría por medio de tecnologías de la imagen alternadas por el teléfono o por el telégrafo. Para Otlet, este proyecto que busca establecer un *cerebro del mundo* avanza al lado de una visión *mundialista*, anclada en la idea y el ideal de solidaridad.

Mundialismo y mundialista fueran los términos que el jurista belga utilizó y popularizó por creer que la noción de internacionalización y de internacional connota demasiado las relaciones entre Estados-Naciones. Esta visión *mundialista*, capaz de englobar la muchedumbre de actores no estáticos de la esfera planetaria, lo lleva, incluso, a proponer a la Sociedad de las Naciones (SDN), en 1918, que los representantes de la sociedad civil organizada en asociaciones fuesen integrados a la gestión solidaria de los asuntos mundiales. En los Estados Unidos, el filósofo John Dewey lanza la misma idea. Ideales estos que resultaron “letra muerta”, ya que ni la propia Sociedad de las Naciones fue capaz de reunir a todos los Estados.

Conviene recordar que, al final del siglo XIX, la creencia en las potencialidades de suministro de energías y de transmisión eléctrica enciende el imaginario social de las redes. Los geógrafos anarquistas (a ejemplo del revolucionario ruso Piotr Kropotkin, que hace una crítica acerca de los efectos depredadores del *industrialismo*) ven en el trazado de las redes eléctricas el punto de partida para la era *neotécnica*. Agitando los temores de la era *paleotécnica*, caracterizada por la mecánica, por las concentraciones y por los imperios, esta nueva etapa de la historia de la humanidad permite, según ellos, emerger una sociedad horizontal y transparente. En otras palabras,

50 Otlet. *Tratado de Documentación. El Libro Sobre el Libro*, 1934.

es el revivir de la *comunidad*. El fluido eléctrico abre la edad de la reconciliación entre la ciudad y el campo, el trabajo y el ocio, el cerebro y las manos, caracterizando la era de la desconcentración y descentralización. En otras palabras, todas las marcas de la división del trabajo que impedían el nacimiento del individuo politécnico, esto es, esta educación y este saber integral con los cuales soñaban los primeros *utopistas* del socialismo, como Charles Fourier, y a partir de lo cual Marx guía su proyecto de sociedad comunista.

Anticipando este mundo de compartición y de fluidez de los intercambios sociales, las *universidades de verano* acompañan las grandes exposiciones universales en un intento de marcar límites pacíficos en un mundo aterrorizado por las guerras. En ese sentido, en la exposición universal de 1900, realizada en París, los geógrafos, los pioneros de las ciencias sociales y los especialistas en documentación organizaron cursos y conferencias con la finalidad de compartir sus conocimientos con el gran público.

Medio siglo más tarde, el escritor argentino Jorge Luis Borges, en su obra *Otras Inquisiciones*, ridiculiza la iniciativa del Instituto Internacional de Bibliografía al ver en él una y numerosas expresiones de las *imaginaciones arbitrarias* que motivaron la búsqueda de la *Biblioteca Universal*, cuyo objetivo era resolver el caos de los saberes clasificando el universo. No obstante, este proyecto de los primeros *bibliólogos* es nada más una obra de visionarios. Así es reconocido hoy, por los especialistas de las ciencias de la información y de la documentación, que notan en la obra de Paul Otlet uno de los fundamentos de su asignatura.

Hoy, técnicamente hablando, nunca estuvimos tan cerca de la posibilidad de realización del sueño de Otlet y de los precursores de la *mundialización* solidaria. Pero la distancia sigue siendo grande entre la capacidad virtual de la herramienta técnica y la realización geopolítica-económica de su movilización al servicio de la lucha contra las desigualdades sociales. Los enfrentamientos por el control de los macro-usos de los dispositivos de comunicación y la hegemonía sobre las normas y los sistemas son recurrentes en la genealogía de

los modos de implantación social de las tecnologías de comunicación a distancia.

“Nuestra misión consiste en organizar la información del mundo y hacerla universalmente accesible y útil”. Con esas palabras, Google anunció en diciembre de 2004 su megaproyecto de una nueva biblioteca de Alejandría, catalogando los fondos de algunas de las mayores bibliotecas del mundo anglosajón y poniéndolos en línea, gratuitamente. Aquí cabe recordar la advertencia, que ya hacían en 1978 los franceses Simon Nora y Alain Minc,⁵¹ en un relato oficial que se tornó un clásico sobre la *informatización de la sociedad*, a propósito del riesgo de la hegemonía de un único modelo de estructuración de los conocimientos por algunas grandes sociedades transaccionales. “Dejar a otros, es decir, a estas sociedades, el cuidado de organizar la memoria colectiva, contentándose en buscar en la fuente equivale a aceptar una alienación cultural”.

La concentración creciente de la edición científica a nivel mundial -el peso de los criterios de la legitimidad científica definidos por la *cientometría*, asignatura cuya finalidad es clasificar las ocurrencias de citas de artículos y obras- solamente nos invita a la prudencia. Tanto más cuando el mercado desigual de las ciencias se conjuga con un *mercado de las lenguas*, también desigual, que contribuye para consagrar al inglés norteamericano como lengua de la globalización.

La cualificación ambigua de sociedad de la Información

Apesar de la ascensión fulgurante de la idea y de la expresión *sociedad de la información* en las representaciones colectivas, llevada por la red de redes, no debemos olvidar el largo período de su gestión. Su historia, además de sinuosa, está cargada de ambigüedades. Reconstruir su genealogía es a lo que vengo dedicándome en los últimos 15 años, exhumando los discursos que acompañan las diversas tecnologías de la información y de la comunicación, e interrogando sobre los usos de los conceptos y de las palabras encargadas de nombrar al estado y al futuro del mundo, y que se

51 Nora S. et Minc A., *L'informatisation de la société*, *La Documentation française*, Paris, 1978.

tornaron sentido común sin que los ciudadanos hayan tenido tiempo de cuestionarlos.

Es, por tanto, una historia de larga duración, o mejor, es una historia de media duración que empieza en la Segunda Guerra Mundial. En fin, es una historia en corto plazo, cuya temporalidad se impone, en las dos últimas décadas, por el nuevo régimen de historicidad que los históricos denominan *presentismo*, dominado por la omnipresencia y la omnisciencia del presente, término inmediato, amnésico. La idea de una sociedad regida por la información está, efectivamente, por así decirlo, inscrita en el código genético del proyecto de sociedad inspirado por la mística del número, y la remonta mucho antes de la entrada de la noción de información en el lenguaje y en la cultura de la modernidad.

Este proyecto, que toma forma durante los siglos XVII y XVIII, establece la matemática como modelo de raciocinio y de ciencia útil. El pensamiento de *lo calculable* y *lo medible* se torna en prototipo de todo discurso verdadero, al mismo tiempo que instaura el horizonte de la búsqueda de la perfectibilidad de las sociedades humanas. Momento fuerte de la materialización del lenguaje de los cálculos, la Revolución Francesa hace de eso la medida de la igualdad ciudadana y de los valores del universalismo. Pensemos, por ejemplo, en el proyecto utópico del lenguaje de las señales *en la certeza geométrica*, propuesto por el filósofo matemático Condorcet (1743-1794), discípulo de Bacon. Un lenguaje que debe estar apto para “llevar a todos los objetos que la inteligencia humana abarca un rigor y una precisión que tornarían el conocimiento de la verdad fácil y el yerro casi imposible”.

Mi propósito, evidentemente, no es cansarlos hablando de una pesada historia de largos años, aunque creo firmemente que lo que falta hoy en las ciencias de la información y de la comunicación es exactamente referencia histórica. El investigador británico Nicholas Garnham⁵² tiene razón cuando nos recuerda, en su lectura crítica de

52 Garnham N., “La théorie de la société de l'information en tant qu' idéologie”, *Réseaux*, vol. 18, n° 101, 2000.

la literatura sobre la sociedad de las *redes*, que “como Braudel nos acordó sobre el tema de la flexibilidad del capital en un espacio de flujo, las respuestas tienen más posibilidad de inscribirse a lo largo del desarrollo capitalista que sobre los caminos de la información”.

Me contentaré aquí con evidenciar aquello que el pensamiento contemporáneo debe al período que se abre con la Segunda Guerra Mundial.

La primera fase comprende los años 50 y 60. En ese período, que tuvo como escenario el enfrentamiento bipolar Este-Oeste, se delinean, en el seno de la sociología de los Estados Unidos, las premisas teóricas sobre la sociedad *posindustrial*, denominada alternadamente sociedad *poshistórica*, *poscapitalista*, *tecnocrónica*, etcétera. Se convierte en un discurso de acompañamiento de la sociedad futura orientada por el primado de la ciencia y de la técnica, eminentemente informacional, es decir, el discurso de los *finés*. Discurso militante, por así decirlo, fin del ideológico, del político, de las clases y sus enfrentamientos, fin de la intelectualidad contestadora, y por tanto, del encasillamiento, en provecho de la legitimidad de la figura del intelectual positivo orientado para la toma de decisiones. La tesis de los fines juega con la tesis de la sociedad *gerencial*.

Con la toma de la sociedad por los *organization men*, se asiste a la convergencia de dos grandes sistemas políticos antagónicos para el régimen de la tecnocracia. La racionalidad gerencial se torna la versión técnica del político. El concepto matriz de esta ideología, que no confiesa su nombre, es el de la información. Desde que comenzó a circular en el medio de las ciencias sociales, toda una tradición de pensamiento crítico, filosófico e histórico reveló los presupuestos y apuntó los efectos de sentidos descontrolados, nutridos por la confusión entre este último y aquel del saber.

La información es asunto para ingenieros cuyo trabajo consiste en encontrar la codificación más eficaz (rapidez y coste) a fin de transmitir un mensaje telegráfico de un emisor a un destinatario. El canal apenas importa. La producción de sentidos no está en el programa. Se corta la

información de la cultura y de la memoria. Su valor está esencialmente determinado por el tiempo. “Ella corre después de la actual”, decía el historiador Fernand Braudel. La forma de temporalidad que ello implica contrasta con el tiempo de elaboración del saber. El esquema mecánico del proceso de comunicación, inspirado por la información, es consustancial con la representación lineal y la propagación del progreso. La innovación se propaga de arriba hacia abajo, del centro a las periferias. Esta perspectiva instrumental explica, en la práctica, porqué hoy un organismo técnico como la Unión Internacional de las Telecomunicaciones puede haber sido el promotor anfitrión de una conferencia sobre el futuro de la sociedad de la información y de sus redes planetarias. Explica también porqué la Organización Mundial del Comercio clasifica la cultura bajo la nomenclatura de los *servicios* y reivindica prerrogativas a ese respecto. Permite, del mismo modo, comprender las razones por las cuales la sociedad de la información, como paradigma del futuro pos-industrial, juega con la ideología de la conectividad.

La segunda fase comprende los años 60 y 70. En este período, el gran público se socializa con un nuevo universo técnico a través de los *best-sellers* vividos en escenarios prospectivos que ilustran la *revolución de las comunicaciones*, eslogan forjado en la pegada del cliché de la aldea global. Las promesas de una nueva sociedad liberada de los fardos de la era industrial son consideradas como amortiguadores del choque del futuro, y suscitan en torno del gran público el deseo de una nueva era.

Mensajes repetidos: crepúsculo de las viejas ideologías rígidas y de las etiquetas izquierda/derecha que marcaron la era industrial, caducidad de la oposición ricos/pobres en provecho del tete a tete entre los modernos y los arcaicos, en una sociedad donde los medios se *desmasifican* y el Estado-Nación se torna un *peligroso anacrónico*. Tesis que está en el discurso de los teóricos de la gestión, que hacen valer la irracionalidad del Estado-Nación en un mundo modelado por las tecnologías que no respetan fronteras, llevando a las empresas globales a construir lo que ellos llaman de sociedad del conocimiento.

Los geopolíticos americanos exponen, sin medias palabras, los presupuestos del nuevo orden mundial anunciados por la convergencia de las tecnologías de la información con la comunicación. Pedestal de una nueva sociedad denominada *tecno trónica*.

Ahí están: el planeta está transformándose en una sociedad global. No obstante, hasta el presente, el único país que, por su poder de irradiación planetaria, merece el nombre de sociedad global es los Estados Unidos. Gracias al desarrollo de sus redes de información y de comunicación, esa sociedad se ha convertido en el farol que debe mostrar a los otros el camino a seguir. Las industrias de la cultura y de la información que posee ese país son los vectores de un nuevo universalismo. Ellas proponen modelos de vida y de organización a ser imitados. La sociedad global será, por lo tanto, la extrapolación del arquetipo nacido en los Estados Unidos. De la misma manera que la edad de la ideología se delinea, termina el tiempo de la edad del imperialismo. La *diplomacia de las redes* debe sustituir la *diplomacia de la cañonera*. Es la tesis que anuncia la doctrina del *soft power*, años después de la caída del muro de Berlín.

La tercera fase comprende a los años 70. En esa fase, el discurso sobre la sociedad futura se torna performático y escolta la formulación de políticas públicas. La crisis traída por el primer boom del petróleo y la inadecuación del sistema monetario internacional (también conocida como crisis del dólar), que aconteció en Bretton Woods en 1944, pone a las tecnologías de la información en el centro de la reflexión de los grandes estados industriales, como estrategias para salir de la crisis. Esta crisis fue diagnosticada como una crisis del modelo de crecimiento y de gobernabilidad de las democracias occidentales, o sea, *una crisis de civilización*, dice el relato emblemático sobre la Informatización de la Sociedad (1978). En verdad, esa crisis reveló el agotamiento del modo de acumulación del capital y de los mecanismos de la formación de la voluntad general, tanto en nivel nacional como internacional. "Uno de los pocos países del tercer mundo en apostar, claramente, a la informatización para conquistar su independencia tecnológica fue Brasil, cuando vivía bajo la dictadura. Para ese régimen, se trataba de un paso, a más de una estrategia, que había

comenzado con la puesta en práctica de un sistema nacional de televisión bajo el *slogan*: “Comunicar es integrar”.

El diagnóstico alarmista sobre la no gobernabilidad de las grandes democracias industriales se encuentra también en el famoso relato de la Comisión Trilateral en 1975, detonador de la crisis informal de la tríade de los grandes países industriales (Europa Occidental, Norteamérica y Japón). Fue en esa época cuando las relaciones entre los países capitalistas dominantes tomaron un nuevo rumbo. Estas relaciones se institucionalizan en el seno del club de los países ricos (G5, G7 y G8). Se lleva al cabo el proyecto de reestructuración del orden económico mundial: práctica anual de las reuniones de cúpula en uno de los países del grupo, dogmas monetaristas del credo neoliberal de la globalización. En resumen, se avanzaba cada vez más en la liberalización de los intercambios, en los movimientos de capitales, en el equilibrio presupuestario y en los ajustes estructurales, en la flexibilidad de las empresas y en la fluidez de las redes planetarias. Las nociones de época y de sociedad de la información se apoyan mutuamente y ganan espacio en la OCDE y en la Comunidad Europea a partir de la segunda mitad de esa década, formulando programas de acción de investigación. La OCDE confecciona una serie de análisis para clasificar esos países miembros en una escala que llevase a la sociedad de la información a servir de parámetro para la modernización.

Del otro lado de la línea de demarcación Norte-Sur, la toma de conciencia de la importancia que ganan los flujos de información y de la comunicación en la organización del mundo va a suscitar las reivindicaciones de un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación (NOMIC) por parte del Movimiento de los Países No Alineados, que defienden, a su vez, un nuevo orden económico. La UNESCO es el principal lugar donde se expresa esa voluntad. El relato de la comisión presidida por Sean MacBride cristaliza los primeros análisis sobre el cambio ilegal, adelanta respuestas sobre la cuestión de la democratización de la comunicación y asienta la idea de *derecho a la comunicación*.

La cuarta fase comprende los años 80. En esta fase, los procesos de desburocratización y privatización legitiman la idea de política pública. Esos procesos desestabilizan la base de los sistemas nacionales de las telecomunicaciones. Los años comprendidos entre 1984 y 1985 son considerados los años pivote de esas ideas. La ola de choque de esos procesos se propaga desde los Estados Unidos hacia el resto del mundo. Estos procesos presentan un paralelo con el sistema financiero, el primero en poder enorgullecerse de tener un alcance global. En la base de la idea de retroceso de la noción del interés público hay una filosofía que la auto-regula: el viejo esquema de la *mano invisible* de Adam Smith. El individuo se emancipa persiguiendo sus fines personales. La realización del interés general no parte de la voluntad y de la inteligencia, expresadas a través de las acciones humanas, sino del mercado construido en un lugar *providencial*. El orden, regulado de esa manera trasciende el entendimiento. Soberano en su función de consumidor, el individuo se limita a experimentar su limitación ante la historia, visto que solamente participa de ella de manera involuntaria e inconsciente. Es de esa forma que se completa la interferencia de los riesgos de poder que la reorganización del orden mundial implica y que había comenzado bajo el signo de la aldea global, como una manera de negar las diferencias entre sociedades y la perduración de relaciones de fuerza y el interés colectivo.

La quinta fase comprende la última década del siglo XX. En esa fase, con el fin de la guerra fría y el impulso de internet como red de acceso público, las tecnologías de la información y de la comunicación se encuentran abiertamente convocadas por las doctrinas de la construcción de la hegemonía mundial. La palabra de orden del crecimiento pacífico de la comunidad internacional por la integración cada vez mayor de países en la *global democratic marketplace* implica, por una parte, el aprovechamiento de la acumulación de inversiones simbólicas realizada a través del mundo, después del fin de la Segunda Guerra Mundial, por parte de los vectores de la cultura de masa y otros signos de la *american way of life*. Por otra parte, ella supone maximizar los recursos

multiplicadores de la red de redes. De ahí el imperativo categórico, por la superpotencia solitaria, de perpetuar su *global information dominace*, la hegemonía reticular.

La hegemonía cultural se confunde con el ejercicio del *softpower*, el poder de seducción y el retrato de las estrategias que recurren a la fuerza y a la dificultad. Se trata, por tanto, de controlar la agenda de las prioridades de tal forma que ellas se impongan naturalmente a los otros países, llevándolos a desear y aceptar normas e instituciones conforme los intereses de la superpotencia.

La otra vertiente de la doctrina de la *global information dominace* se trata de la seguridad y de la defensa. El dúo *netwar* y *cyberwar* constituye los dos componentes de esa guerra de conocimientos: la *noopolítica*. Se trata de un neologismo derivado de la noción de noosfera forjada por el padre jesuita Teilhard de Chardin, paleontólogo cuyo pensamiento sobre la mundialización inspiró, desde el inicio de los años 60, el pensamiento de McLuhan sobre el advenimiento de la aldea global. La *netwar* se vuelve contra los nuevos enemigos que recurren a las redes: los cárteles de la droga, los activistas, los terroristas, etcétera. La *cyberwar* se aplica a las nuevas formas de guerra posibles, gracias al dominio de las tecnologías de la inteligencia, de la vigilancia y del reconocimiento. La doctrina de la *information dominance* justifica durante la primera guerra del Golfo y en los conflictos de la ex Yugoslavia el mito de la guerra limpia, con sus intervenciones quirúrgicas y los daños colaterales.

En ese contexto de rivalidades, pero también de convivencia entre la Unión Europea y los Estados Unidos, la llegada de la red de redes acelera los grandes proyectos de infraestructuras planetarias. Algunas referencias: en 1995, con ocasión de la reunión cumbre de Bruselas, el G7 se reunió por primera vez para tratar del problema de la sociedad *global de información* (es en esa reunión que la noción gana cuerpo), con la presencia de representantes de la industria informática y aeroespacial. No había representantes de la sociedad civil organizada. Al Gore, entonces vicepresidente de los Estados Unidos, habla de un nuevo orden mundial de la información. Un orden presentado, en el año

anterior, en Buenos Aires, durante la conferencia plenaria de la Unión Internacional de las Telecomunicaciones sobre telecomunicación y desarrollo, anunciando al mundo el proyecto de autopistas globales de la información (*global Information Infrastructure*), extrapolarlo, en nivel planetario, el proyecto doméstico americano. En julio de 2000, el G-8, reunido en Okinawa, proclama la Carta sobre la Sociedad Global de la Información. Esta carta es el primer documento en que se reconoce oficialmente la existencia de una *fratura digital*. En la reunión cumbre de Bruselas, ninguna referencia al tema de las desigualdades fue abordada.

La burbuja discursiva sobre los paraísos reticulares se conjuga durante todos esos años con la burbuja especulativa. La primera entra en desequilibrio con las realidades del *tecno-apartheid* y la segunda, con la economía real. El incremento, en primera línea, del capital financiero expande la escalada de las concentraciones, al mismo tiempo en que se multiplican las falencias, los fraudes de los balances contables y los escándalos financieros. La explosión de las respectivas burbujas.

Los atentados de 11 de septiembre de 2001 inflingieron un serio desmentido a los mitos de la revolución de la información, que el público había absuelto en las dos últimas décadas. Crisis de creencia en lo *tecnológico*, de esta vez la exageración en los dispositivos *orwellianos* de inteligencia electrónicos civiles y militares en controlar los flujos del planeta. Crisis de representación de una globalización regida por el único recurso inmaterial y redescubierta de las apuestas geopolíticas, en el largo término, ligadas al control de la dominación energética. Pérdida de la credibilidad del *leitmotiv* del fin del Estado-Nación, tesis indisociable del impulso de las *tecno-utopías* que comparten, tanto las ideologías de la globalización neoliberal como aquellas mantenidas del pos-modernismo. Crisis de la ideología del fin de las ideologías, que se disolvió en el mesianismo teñido de espíritu religioso del campo de la guerra. Crisis de la doctrina del *soft power* y retorno de las versiones *hard* del poder y de la violencia. El nuevo modelo de imperio articula claramente el uso de la fuerza y la hegemonía sobre los mecanismos económicos y financieros.

La violencia es, a partir de ahora, parte esencial de la evidencia del proyecto económico global, o mejor, de la forma de mundo (*shapping the world*). El instrumento común de ellos es el dominio del tiempo electrónico, la observación y el blanco en tiempo real. *Timely knowlwdge flow*: la divisa de la nueva doctrina militar sobre la *network-centricwar* desde la guerra de Afganistán y también aquellas de las estrategias de la economía.

En nivel de la gestión del cuerpo social, la obsesión institucional por la seguridad, desde 2001, tiene una incidencia directa en la configuración de los *macro-usos* de los sistemas de información, no solo en la implantación de las tecnologías con fines de vigilancia en los transportes y otros lugares públicos, sino también en la circulación de las ideas.

El movimiento de defensa de las libertades civiles en los Estados Unidos comprendió tan bien eso que llegó a protestar contra el *Patriot Act*, así como otras legislaciones, adoptadas el día siguiente a los atentados, que autorizan la búsqueda en el perfil de los lectores en las bibliotecas y, principalmente, del conjunto de ciudadanos (escuchas, controles de las computadoras). La apertura de las instituciones en torno al objetivo de la seguridad nacional tiende a reactivar los viejos esquemas de cooperación del complejo militar-industrial entre la investigación universitaria, la industria y los organismos de información militar y civil, como en el tiempo de la invención de internet. La DARPA⁵³ se torna en el epicentro de construcción del sistema integrado de las redes de bancos de datos. El maestro de obra, esta vez, no es solamente el Pentágono, creado en 1947, sino el nuevo ministerio, el *Homeland Security Departament*, creado en 2002. La ola de choque mundial de la imperiosa seguridad significa también el advenimiento de un nuevo modo global de gobierno por el miedo de la angustia. Prueba de eso es la adopción, en gran prejuicio por parte de los defensores de los derechos humanos, de las leyes

53 Defense Advanced Research Projects Agency -Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa- es una agencia del Departamento de Defensa de los Estados Unidos responsable del desarrollo de nuevas tecnologías para uso militar. Fue creada en 1958 como consecuencia tecnológica de la llamada Guerra Fría, y de la que surgieron, década después, los fundamentos de ARPANET, red que dio origen a Internet.

antiterroristas después de los atentados en los grandes países industrializados.

En el inicio de los años 90, el filósofo Gilles Deleuze⁵⁴ todavía podía apoyarse con exclusividad en el modelo flexible y abierto de la gestión gerencial de empresa *pos-fordista* para forjar su concepto de sociedad de control, llamado a suceder al arquetipo disciplinar o vigilado teorizado por Michel Foucault. Esa *guerra mundial* contra el terrorismo reveló que el paradigma de seguridad, nueva versión del vigilado, vuelve con fuerza en los modos de gestión de las sociedades. Lo que se modifica en ese inicio de siglo es el frágil equilibrio democrático entre lo que el filósofo Paul Ricoeur llama de la forma y la fuerza, entre la regla y la excepción, entre el consentimiento y la dificultad, la solidaridad y el egoísmo, la confianza y la desconfianza, la posibilidad y la libertad de acción, la legitimidad y la eficacia, la transferencia y el secreto. La sociedad *de vigilancia* está al paso de transformarse en sociedad de sospechosos.

¿Cuál conocimiento y cuáles productores de conocimiento?

Tanto a nivel nacional como internacional, una nueva configuración de actores sociales y profesionales comenzó a distanciarse con relación a las dinámicas dominantes y a repropriadarse de la cuestión de las tecnologías de la información y de la comunicación. Son testigos de eso no solo la evolución de la problemática debatida en los foros sociales, sino también en los locales institucionales como la reunión de la Cumbre Mundial sobre la sociedad de la Información, o las reuniones preparatorias para la convención sobre la diversidad cultural. La problemática de las políticas públicas, dejadas en remojo desde la publicación del informe MacBride en 1980, regresa con fuerza. El choque entre proyectos contrastados revela que la construcción de los *macro-usos* sociales de las tecnologías se inscribe, principalmente, en un campo de fuerzas políticas, de lo cual no se puede abstraer. En ese sentido, ella es también asunto de los ciudadanos, trayendo en evidencia la cuestión de la finalidad de la

54 Deleuze G., *Pourparlers*, Minuit, Paris, 1990.

innovación tecnológica, de los modelos de desarrollo asociados al impulso de las tecnologías y del monopolio de la gobernabilidad de la red de las redes. Esta nueva configuración de *contra-expertos colectivos* o intelectuales orgánicos, se podría decir, trajo a la luz el proyecto hegemónico de integración planetaria mediante las tecnologías de la información.

Es en esa oposición entre proyectos diferenciados de reorganización del mundo que se marcan las diferencias que separan el proyecto plural de compartición de los conocimientos, tanto en la esfera de la circulación como de la producción, y el proyecto de una sociedad global de información. El hecho de que la propia UNESCO tienda a sustituir la idea de sociedad de la información por sociedades del conocimiento es un indicio.

Por una parte, diferente de la noción de sociedad de la información guiada por la única tecnología, las sociedades de conocimiento son *mind-driven* guiadas por el espíritu. Por otra parte, la no aceptación a recurrir a la noción singular de sociedad *global* y de adoptar la noción plural de *sociedades* ratifica el hecho de que los modos de apropiación de las tecnologías son resultado de la diversidad de las configuraciones de actores inscritos en contextos institucionales, culturales, industriales y políticos, reconociéndose ahí la especificidad de los regímenes epistémicos. Con todo, la noción de conocimiento continúa siendo problemática. He ahí lo que explica Philippe Quéau,⁵⁵ al mismo tiempo ingeniero y filósofo de lo virtual, y el primer director de la División de la Sociedad de la Información de la UNESCO, fundada a fines del siglo pasado. La noción de conocimiento está copiada del término inglés *knowledge*. Así, la etimología del término inglés *knowledge* está estrechamente ligada a su verbo auxiliar *can*. Ambos reenvían a la utilidad y al poder. En las lenguas latinas, al contrario, hay un término alternativo, saber, cuya etimología está ligada a la raíz indoeuropea *sap*, *experimentar*, del cual provienen palabras como: *sabiduría*, *sapiencia*. En este caso, el saber reenvía a la teoría.

55 Quéau P., "Information Policies for Knowledge Societies", Conférence sur la société de l'information dans les pays d'Asie centrale, Commission iranienne de l'Unesco, septembre 2003.

Esta batalla de las palabras está lejos de ser anecdótica. Ella es, llama la atención Philippe Quéau, sintomática de la diferencia que existe entre visiones filosóficas en cuanto al papel del conocimiento, y revela diferencias en cuanto a la finalidad social que persigue la configuración de los fundamentos de una sociedad. En realidad, lo que pasa es que la gran máquina burocrática, en que se convirtió la UNESCO, optando por no pronunciarse, mantiene la denominación de sociedad de la información para designar su división. Bajo la presión de la delegación de los Estados Unidos, que retorna a la UNESCO después de 17 años de ausencia, el primer director de esta división fue substituido, tres años después de su nominación, por una abogada especialista en derecho internacional de los negocios.

Una de las principales cuestiones estratégicas que concierne a la propia posibilidad de realización de sociedades del saber es la misma que concierne a las reglas de propiedad intelectual. Se trata de una cuestión polémica y compleja, cuya resolución determina la credibilidad de los discursos y estrategias que tienen por objetivo construir esta sociedad, en un mundo donde la distancia entre las promesas invertidas en las tecnologías intelectuales y la realidad de sus aplicaciones sociales no cesa de crecer.

La información y el saber son cada vez más tratados como un bien inmaterial apropiable. El carácter estratégico de los derechos de la propiedad intelectual reside en el hecho de que ahí se juega la batalla de las nuevas formas de patentes como apropiación privada de los conocimientos. En 1994, los acuerdos de Marrakech que crearon la OMC alinearon la legislación mundial relativa a las patentes a partir de las normas americanas. La novedad de esas patentes es que no se refieren solamente a las aplicaciones de las ideas y de las invenciones en la producción de mercancías, sino también a los conocimientos fundamentales cuyo monopolio corre el riesgo de bloquear la continuación de las investigaciones. En otras palabras, el dominio público en lo cual, y por lo cual, las ideas y las invenciones se producen es directamente el objeto de la apropiación. Esta *apropiación* del fondo común de conocimientos tiene por consecuencia restringir los derechos tanto de los autores como del público.

Las semillas genéticamente modificadas, los medicamentos y los códigos de informática están directamente contemplados por esa apropiación privada de bienes comunes. El hecho es que la tendencia fuerte está en la extensión de los dominios apropiables. La lucha por el embargo de las empresas detentoras de monopolio sobre las normas técnicas con el desarrollo de los formatos de propiedad es un ejemplo, entre otros. Me viene de repente, al espíritu, el ejemplo de la regularización de los códigos informáticos por parte de Microsoft. Pero también está el ejemplo de las controversias sobre los patrones industriales cerrados en los terrenos de las tecnologías de la información y de la comunicación aplicadas a la educación.

Los investigadores, tanto en tecnología de la información y de la comunicación para la educación (TICE) como en ciencias de la información y de la documentación, y los especialistas de las industrias de la lengua identificaron muy bien el carácter del eje vital que las normas y los patrones, como uno de los motores fundamentales del sistema técnico pos-industrial, representan para el desarrollo de los sistemas de enseñanza a distancia. Tras la revolución industrial, las normas constituyen el pedestal de los cambios internacionales y el Estado y las organizaciones inter-estatales fueron, durante mucho tiempo, sus garantes.

En la normalización actual se enfrentan, en todos los dominios, los partidarios de una elaboración compartida de las normas internacionales, apoyada en la competencia universal de la ley, con aquellos que defienden una globalización de las normas sectoriales y mínimas, definidas, sobre todo, por los únicos operadores del mercado.

Fue para vencer la captación del monopolio de los saberes que los gobernantes de Argentina y Brasil depositaron, en 2004, un proyecto de reforma de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI), agencia intergubernamental que solo se volvió a unir al sistema de las Naciones Unidas en 1974 con la función de definir, a través de sus tratados, las normas que reglamentarían la producción, la distribución y el uso de los saberes y conocimientos. Creada para promocionar la actividad creativa, protegiendo la propiedad

intelectual, la OMPI, sin embargo, incorporó una cultura que conduce a la práctica y a la expansión de los privilegios de los monopolios, muchas veces sin considerar sus consecuencias societarias.

La expansión continua de esos privilegios y sus mecanismos coercitivos ocasionaron costes sociales y económicos que trabaron y amenazaron otros sistemas de creatividad e innovación. Los dos gobernantes latinoamericanos propusieron un abordaje equilibrado entre el bien público de transmisión del saber y la propiedad privada, una visión más equilibrada de los beneficios relativos a la armonización y a la diversidad. Esta modificación en la agenda de la OMPI se lo haría en nombre del desarrollo durable y favorecería la apertura para investigación de nuevos enfoques de sustentación de la innovación y de la creatividad.

He ahí porqué Argentina y Brasil reclaman una democratización profunda de la institución, por oír a sus miembros, preocupada en dar respuestas a las preocupaciones de todos los sectores, particularmente de la sociedad civil organizada. Eso implica levantar la ambigüedad del término ONG actualmente en vigor en la OMPI, que describe, al mismo tiempo, las ONG que representan el interés público y los organismos de usuarios que representan los intereses de los titulares de los derechos de propiedad intelectual. Los países del sur aprendieron con las experiencias de los acuerdos de propiedad intelectual suscritos en el ámbito de las transmisiones de tecnología, que, a partir de los años 70, mucho antes de la apertura de la era de la información, fueron previstas como instrumentos de dominación.

La cuestión de la propiedad intelectual quedó, durante mucho tiempo, vinculada al tema del derecho. Tradicionalmente, ella, además, fue una de las raras asignaturas que se ocupó del tema. Fue en ese cuadro jurídico de establecimiento de directivas, legislación y tratados internacionales que se movilizaron los *lobbies* de los monopolios cognitivos y de los media con sus asesores jurídicos. No obstante, en las controversias públicas, ellos no dudan en utilizar los clichés gastos de la guerra fría para estigmatizar a los opositores de la propiedad de los saberes públicos como nuevos apologistas del comunismo.

Si las organizaciones de las Naciones Unidas no especializadas en el tema se esquivaron durante mucho tiempo del problema de la propiedad intelectual y enviaron a los demandantes a la OMPI, la única habilitada para tratar ese tema, cada vez más todos los grandes pactos del sistema internacional, donde se decide la suerte de la cultura, de la información y de la comunicación, fueron interpelados por los movimientos sociales, por las coaliciones de las organizaciones profesionales de la cultura y también por algunos gobiernos de países del Tercer Mundo que lo pusieron en el orden del día. Fue el caso, tanto de la reunión de Cumbre Mundial como de las negociaciones en la Convención sobre la Diversidad Cultural. He ahí toda la apuesta del brazo de hierro intergubernamental en torno de su artículo 20, que confirma que las relaciones de la Convención con los otros tratados deberán ser guiadas por la idea de sustentación mutua, de complementariedad y de no subordinación.

Cuando las partes interpretan y aplican los otros tratados de los cuales forman parte, o que se suscriben a otras obligaciones internacionales, toman en cuenta las disposiciones pertinentes de la presente convención. El artículo 21 hace de la concordancia y de la coordinación con otros pactos internacionales una de las premisas de la aplicación del precedente. Estos otros pactos son aquellos donde se juega la suerte de la diversidad cultural. Es el caso de la OMC con el acuerdo general sobre comercio de los servicios AGCS, en que los servicios audiovisuales y culturales están en el orden del día del liberalismo. Y también el caso de la OMPI, en el que se refiere a la *patrimonialización* de los bienes públicos comunes, fuente de creatividad.

Esta problemática debe ser vista a la luz de la nueva filosofía de los bienes públicos comunes. Esos bienes que incluyen, no solo cultura, información, saber y educación, sino también salud, ambiente, agua, espectro de las frecuencias de radiodifusión, etcétera. Todos esos asuntos deberían constituir excepciones en relación a la ley del libre comercio. Los principios que permiten la formulación de un derecho mundial apto para establecer la lenta destrucción, por las lógicas privadas del campo de competencia de los conceptos de bien colectivo y público, están en boga; esos principios están inscritos

en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) y en la Convención Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos, adoptada 18 años más tarde. Sin embargo, la definición de ese patrimonio común fue y es más que nunca objeto de disputas en las instituciones internacionales, del Banco Mundial al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Una batalla política en torno de un concepto que envuelve a otros.

Esa filosofía de los bienes comunes motiva las movilizaciones de las redes de actores sociales y profesionales en torno a los pactos internacionales. También anima el movimiento de los programas libres que concurren con la Microsoft y las iniciativas más fragmentadas, que buscan extender los modelos de cooperación abierta y favorecer la repartición voluntaria de creaciones (acceso libre de las publicaciones científicas a través de la *Library of Science (plos)*, el sitio *Wikipedia*, gigantesca enciclopedia libre, multilingüe, donde el internauta es invitado a crear o a mejorar los artículos bajo la supervisión de los otros, etcétera).

El principio de bienes públicos comunes aplicados a la gestión mundial de las redes irrumpe a finales de la década del 70, cuando la Conferencia Mundial Administrativa sobre Radio (WARC), organizada por la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), puso, a pedido de los países del Sur, término al monopolio del espectro de las frecuencias de radiodifusión en las manos de las grandes potencias marítimas desde el comienzo del siglo, esto es, desde la aparición de las comunicaciones por radio. Hoy tenemos la misma necesidad de democratizar el espacio mundial de circulación de la información que llevan a los movimientos sociales y ciertos gobiernos, como los de Brasil y China o la Unión Europea en unanimidad, a defender en la UIT una reforma en la administración de *Internet*, actualmente bajo el control de los Estados Unidos. La red de redes es generada por *Internet Corporation for Assigned Names and Numbers (ICANN)*. Dotado de un status singular (Sociedad de derecho californiano con fines no lucrativos), este organismo controla desde 1998 el acceso a todo dominio virtual, sea genérico (com, org, gov, edu, etcétera), sea geográfico (por país). Ese organismo, de hecho, depende en última

instancia del Departamento de Comercio, que le delegó esa gestión. La palanca que permite a las autoridades americanas ejercer su dominio geopolítico sobre el sistema es, ante todo, de orden técnico; los servidores-troncales, cabeza de puente del sistema de direccionamiento, están en el control de ese departamento. Asimismo, las modificaciones a la base de datos por parte de la empresa privada *Verisign*, que opera el dispositivo, solo son efectuadas tras acuerdo de los servicios ministeriales.

A pesar de la presión de países tan diferentes como Brasil, Irán, China o la Unión Europea, que demandan una gestión del sistema confiada a un organismo independiente ligado a las Naciones Unidas, o que se permita la asociación de otros actores, antes de comenzar la reunión de la Cumbre Mundial sobre la sociedad de la Información de Túnez, Washington manifestó su rechazo en transigir sobre ese punto. Prueba de que la *information dominance* está en el pedestal de su doctrina sobre la hegemonía mundial. La propia carta del dispositivo técnico de los *servidores-tronco* está en la imagen de la circulación desigual de los flujos: 13 computadoras poderosas instaladas en los Estados Unidos (cuatro en California y seis cerca de Washington), una en Estocolmo, una en Londres y otra en Japón.

Un desafío global

Cultura, saber, media. Todos esos campos están ligados. Una verdadera política cultural no puede estar dissociada de una política de comunicación, que a su vez no puede estar dissociada de una política de enseñanza y de investigación científica, recíprocamente. En otras palabras, no habrá sociedad de saberes sin interrogarnos sobre los procesos de concentración capitalista de las industrias culturales que, si nosotros no los resguardamos, corren el riesgo de prefigurar las lógicas estructurales en los modos de implantación de los dispositivos del saber. Las grandes instituciones internacionales se resisten a esa visión integradora. Es la lección que obtuvimos de las negociaciones en la convención. En el texto figuran dos alusiones a la diversidad de los media. Una en el punto 12 del preámbulo, que acuerda que la libertad de pensamiento, de expresión y de información, así como

la diversidad de los media, permiten que broten de las expresiones culturales en el seno de las sociedades. La segunda, en el artículo 6, entre diversas medidas a tomar, enumera al fin de la lista (punto h) aquellas que buscan la promoción de la diversidad de los media, incluso en el servicio público de radiodifusión. Lo que sería esta diversidad de los media no sabemos. No vale la pena buscar la palabra concentración, por ejemplo. Las propuestas emanadas de la sociedad civil organizada, en particular, de la red CRIS (Derechos de la comunicación en la sociedad de la información) a punto de incluir una referencia sobre ese tema, así como sobre los media libres e independientes, todos orientados para un fin sin respuesta. El concepto incomoda.

Oponerse al progreso de los monopolios cognitivos y de las lógicas de rentabilidad financiera a corto plazo, que limitan la capacidad colectiva de desarrollar innovaciones de interés general, es también poner en debate las relaciones del saber. En un momento en que la sociedad tiende a convertirse en empresa y el lazo ciencia-sociedad, a declinar según el prisma gerencial, se hace sentir la necesidad de nuevas alianzas en torno de la investigación con todos los productores de conocimiento, a fin de producir conocimientos sobre nuestro mundo, bienes públicos e innovaciones en respuesta a las demandas no mercantiles de la sociedad. Eso implica un cuestionamiento plural sobre las nuevas misiones de los centros de investigación y enseñanza superiores.

Tras la entrada del concepto de sociedad de la información en las confrontaciones entre proyectos de sociedad, el problema de los intelectuales asombra a las doctrinas de reorganización social por las técnicas del intelecto. La apropiación por la valorización capitalista de la *caja gris* y de la creatividad de las márgenes críticas, con la finalidad de integración, es una de las apuestas mayores del proyecto hegemónico. No es casualidad que algunos teóricos de la gestión, como Peter Drucker, que desde los años 60 habla de sociedad del conocimiento, no cesan de apelar a los intelectuales para la comprensión de que solamente la alianza entre la imaginación de estos últimos y el realismo de los gestores puede permitir la

construcción de ese nuevo tipo de sociedad. Sin esa alianza en torno al pragmatismo, los intelectuales están condenados a vivir en un mundo donde “cada uno hace lo que quiere, pero donde nadie hace nada”. El anti-intelectualismo servil hace la cacería de brujas contra la conciencia reflexiva sobre los desafíos de la construcción de sociedades de saber para todos. El carácter estructurado de las nuevas tecnologías y la intelectualización general del trabajo y del consumo contribuyeron para poner en el orden del día el alineamiento de los productores de saber y de información sobre las dinámicas dominantes.

La transformación de los procesos de trabajo y la aparición de una intelectualidad de masa en la sociedad *pos-fordista* advienen en un contexto donde la esperanza en el reconocimiento del *trabajo de la producción de sí* por el desarrollo de la creación y de la cognición, como fundamentos de una sociedad liberada de las esposas del productivismo de la era *fordista*, es contradicha por la precariedad, la super exploración, la movilidad forzada, la super implicación y la captación por la empresa del capital humano para fines lucrativos. Abolir esta configuración, tanto en la producción como en el consumo, es uno de los desafíos de las nuevas formas de luchas sociales y culturales.

Volviendo al universo de las utopías sociales de la cual he hablado en el inicio, digamos que la realidad contemporánea hecha de tensiones y de compromisos no nos debe hacer olvidar que el viejo ideal de solidaridad mundial que animaba el precursor de la ciencia de la documentación, en el comienzo del siglo XX, continúa más que nunca necesario en el comienzo del nuevo milenio. Solamente esta utopía del saber compartido, tanto en la producción como en el consumo, puede precavernos contra los proyectos de sociedad de información en fase con los engodos reciclados de las ideologías teocéntricas de la modernización infinita. Utopía cuya realización es, finalmente, posible y es la única muralla contra el retorno de la barbarie.